

Vicens Hualde, María, *De Castilla a la Nueva España. El marqués de Villamanrique y la práctica de gobierno en tiempos de Felipe II*, Madrid, Albatros, 2021, 330 págs. ISBN: 9788472743823

Este libro es fruto de la tesis doctoral que la autora defendió en la Universidad Autónoma de Madrid en septiembre de 2019, bajo la dirección de los doctores Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño y Roberto Quirós Rosado. El prólogo de Gibrán Bautista y Lugo, los cambios introducidos en el título original y la acomodación necesaria del texto a la escala de una monografía aportan un valor añadido a una publicación de gran interés para el conocimiento de la práctica política en la monarquía universal de Felipe II en clave nobiliaria. El destino ideal de toda buena tesis doctoral, fruto de una investigación solvente de varios años, no puede ser otra que su publicación en artículos o íntegra. Este último es el caso de la obra objeto de reseña, que supone la incorporación de un nuevo título a la colección de “Historia de España y su proyección internacional” de la editorial Albatros.

Divida en tres partes y articulada en torno a una docena de capítulos, la obra cuenta con varias tablas, dos árboles genealógicos y una generosa selección de imágenes de calidad desigual, en la que sorprende, sin embargo, que la mayoría de los mapas (figs. 17, 18, 24, 25, 26 y 27) carezcan de los necesarios créditos de procedencia. El espacio del libro que ocupa mayor extensión está consagrado lógicamente al estudio del gobierno del marqués de Villamanrique como virrey de Nueva España entre 1585 y 1590, su fulminante destitución y visita y a la rehabilitación posterior. La autora no descuida el necesario análisis del complejo y cambiante escenario sobre el que los nobles ibéricos imaginaron y desarrollaron sus *cursus honorum*. El estudio de caso de Álvaro Manrique de Zúñiga, primer titular de una casa de reciente creación (1575), ofrece, además, interesantes claves para conocer las estrategias individuales y de familia empleadas en consolidar la flamante posición de los Villamanrique entre la nobleza titulada de Castilla. El servicio a la Corona, fenómeno que arraigó con éxito, aunque con notables excepciones, entre los nobles hispanos desde el reinado de Carlos V, estableció un nuevo modelo de relación entre el rey y la nobleza, especialmente la castellana, que comprometió a esta en la gobernación, conservación y defensa de los vastos dominios de la Monarquía Hispánica a cambio de importantes contraprestaciones económicas y fiscales que atenuaron los problemas de liquidez y endeudamiento que comenzaron a padecer las haciendas señoriales, a causa fundamentalmente de la inflación, desde el siglo XVI. Para Villamanrique, que aspiró siempre a servir al rey en la corte, su sorpresiva designación como virrey de Nueva España, le alcanzó sin apenas experiencia política. El nombramiento supuso un aldabonazo para el marqués, sexto hijo de los terceros duques de Béjar, que, no obstante, recibió con indisimulado disgusto. Su gobierno no fue, desde luego, un camino de rosas y, como analiza el libro, el virrey hubo de enfrentar numerosos conflictos y desafíos, siendo el mayor de todos, su eterno desencuentro con Pedro

Moya de Contreras, arzobispo de México y patriarca de las Indias. En su oficio Villamanrique se mostró como un celoso regalista, defensor de las prerrogativas reales (como el patronato real en Indias) frente a la competencia de otras jurisdicciones. Durante su mandato se vio enfrentado a numerosos problemas, algunos de ellos endémicos, como las guerras chichimecas, a las que puso término pacificando la frontera, las incursiones piráticas inglesas en el Golfo de México y en la costa del Pacífico (Drake) o los abusos que padecían los indios, a los que favoreció prohibiendo su empleo forzoso en minas y obrajes y limitando los repartimientos forzosos. En 1591, bajo acusaciones de haber favorecido a parientes, deudos y criados y de enriquecerse durante su cargo, fue removido y sometido a una visita que se resolvió en 1596 con una sanción de 20.000 ducados, la privación perpetua del ejercicio de cargos de gobierno y justicia y un destierro de la corte de seis años. La muerte de Felipe II y los profundos cambios que se produjeron en la corte con el ascenso del marqués de Denia al valimiento del nuevo rey, favorecieron la rehabilitación política de Villamanrique, que recobró sus bienes y fue nombrado caballero mayor de la reina Margarita en 1603, oficio que desempeñó hasta su muerte al año siguiente.

El libro, como así lo presenta la propia autora, puede considerarse con toda justicia la primera biografía del primer marqués de Villamanrique y se enmarca en el contexto de profunda renovación que desde hace varias décadas están experimentando la historia de la nobleza y la nueva historia política. Afortunadamente, parecen haber quedado muy atrás los tiempos en los que la biografía fue marginada como género histórico. La biografía goza hoy de muy buena salud, como señalaron no hace mucho José Javier Ruiz Ibáñez y Bernard Vincent (*Los siglos XVI-XVII. Política y sociedad*, 2007, p. 310) al señalar el resurgir de una “nueva primavera del género biográfico”, a propósito de contribuciones (*El Conde Duque* de John H. Elliott ejerce de afortunado paradigma) que, gracias a su calidad científica, han contribuido significativamente a la renovación metodológica.

No siendo, desde luego, un actor principal del extenso elenco de actores de la Monarquía Hispánica –muchos quedan, por cierto, huérfanos de historiadores– Villamanrique puede ser considerado, sin embargo, uno de tantos secundarios necesitados de atención. El libro viene a cubrir ese vacío que resulta, además, llamativo en el caso de los virreyes americanos de los siglos XVI y XVII, escasamente trabajados, al contrario de lo que sucede con sus homólogos del XVIII o incluso con los europeos. Excepciones significativas aparte como la de Francisco de Toledo, virrey del Perú, y el obispo Palafox, virrey de Nueva España, estudiados brillantemente por Manfredi Merluzzi (2003) y Cayetana Álvarez de Toledo (2011), queda aún mucho por hacer en el tratamiento individualizado de los virreyes de Indias. En este sentido, el libro de María Vicens resulta una aportación original no solo al conocimiento de la trayectoria vital del marqués previa y posterior a su virreinato, sino de las consecuencias que la experiencia virreinal tuvo en la consagración de su casa y en la construcción de su carrera política.

Uno de los aspectos del libro que, a mi juicio, despierta mayor interés es el relativo a los usos y prácticas que generaban las responsabilidades de gobierno en un noble destacado al servicio del monarca. “Servir de lejos”, como demostró el profesor Fernando Bouza en un artículo seminal, era una de las opciones que barajaban los nobles que aceptaban entrar al servicio del monarca. Iniciar una carrera lejos de la corte suponía asumir riesgos y muchos gastos, pero también suficientes incentivos (económicos, sociales, políticos...) para un ministro del rey en ciernes. El caso de

Villamanrique constituye un magnífico ejemplo no solo para conocer el valor estratégico que tuvieron para la Monarquía sus reinos de Indias, sino para apreciar el lugar que estos ocuparon entre las preferencias de la nobleza como destino de servicio. Si bien es cierto que Nueva España y Perú se contaban entre los gobiernos de mayor relieve de la Monarquía a los que podía aspirar un titulado, las presidencias de Consejos, los oficios palatinos y los virreinos de Nápoles y Sicilia se situaban en primer lugar entre las preferencias de los nobles. Recuérdese, por resultar tan a propósito, la reflexión del conde de Portalegre en sus célebres instrucciones, como hace María Vicens, al afirmar que “los gobiernos de las provincias y especialmente la de Italia, la de la India Oriental y de las Occidentales, que tiene la mar en medio y otras propiedades de mucha grandeza, son los mejores cargos a mi juicio”.

El perfil de los virreyes americanos durante los siglos XVI y XVII se ajusta mayoritariamente al que representa Villamanrique, miembros de la mediana nobleza titulada, en importante número de segunda generación o de reciente creación (como Salinas, Guadalcazar, Villardompardo, Gelves, Mancera, Cadreita, Salvatierra y Cañete) cuando asumieron el cargo. Los Grandes de España se prodigaron poco por estos destinos ultramarinos. Hasta el ecuador del Seiscientos no encontramos en los virreinos de Nueva España y Perú a algunos Grandes como los duques de Escalona, Alburquerque y Veragua, o los condes de Alba de Liste y Lemos). De hecho, Veragua, primer ducado concedido en Indias por la Corona, fue el primer Colón en liderar un virreinato en Indias. No debe olvidarse que para los Grandes y titulados las prioridades en el servicio al rey pasaban por los grandes oficios palatinos o responsabilidades de gobierno en la corte (como presidencias y asientos en los Consejos). Servir de lejos suponía alejarse del monarca, principal fuente de patronazgo y afrontar los inconvenientes derivados de la distancia geográfica de la corte o de sus estados e intereses. Aunque la gran mayoría de la nobleza titulada, al menos hasta el reinado de Felipe IV, hizo “vida de aldea” (manteniendo la residencia ordinaria en sus estados o viajando con frecuencia a ellos), la corte ofrecía oportunidades difícilmente irrenunciables.

En el lento proceso que el marquesado adoptó para construir una identidad propia y diferenciada de la casa madre de la que procedía, el ducado de Béjar jugó un papel clave, sin lugar a dudas por su experiencia de gobierno, pues amplificó notablemente sus relaciones dentro y fuera de la corte. La carrera de Villamanrique atiende a los modelos de *cursus honorum* que tan frecuentes se hicieron entre la nobleza ibérica de los siglos XVI y XVII. Como tantos otros nobles que le precedieron y le siguieron, conocía bien las limitaciones de acceso a determinados oficios. El rango y el estatus marcaban la diferencia, aunque no resultaban insalvables para quien disponía de influencia y ascendiente. El *cursus honorum* del marqués no resulta excepcional, más bien al contrario, se acomoda a lo habitual en quienes inician su carrera desempeñándose en oficios y responsabilidades menores en la península (alcalde mayor de Sevilla; el recibimiento de la reina Ana de Austria en 1570; su intervención en la empresa de Portugal en 1580), para pasar posteriormente a ocupar a un virreinato de primer nivel. Lo llamativo de su elección como virrey de Nueva España, como ha sido expuesto en el libro, fue que se sustanciase por designio real y al margen de la terna presentada al monarca por el Consejo de Indias.

El caso de Villamanrique, inteligentemente reconstruido en el libro, nos ilustra sobre las variables a considerar en el análisis del *cursus honorum* nobiliario. No toda la nobleza persiguió con ahínco el servicio al monarca como plataforma para la

promoción y ascenso social. Las preferencias de los nobles no siempre coincidían con las opciones posibles y a menudo era preferible medrar en oficio pequeño cerca del monarca que desempeñarse en uno grande alejado de él. El propio Villamanrique asumió el virreinato, como el mismo confiesa, más como un destierro que como un premio. El nombramiento le llegaba a una edad complicada, superados los cincuenta años. Pero como recordaba Juan de Silva no todos estaban en disposición de abandonar la mesa del rey si no apetecían su comida. Declinar o renunciar a un oficio no era fácil, aunque los nobles manejaron hábilmente su capacidad para negociar las condiciones del servicio del monarca.

Considerando las numerosas dificultades que plantea una investigación que utiliza la biografía como método, puede afirmarse que la autora ha sabido afrontarlas con éxito. María Vicens ha logrado sortear con solvencia las limitaciones que supone trabajar con fuentes indirectas, cuando escasean las personales, como ocurre en el caso de la escasa correspondencia personal de Villamanrique conservada. Ha sabido igualmente afrontar el reto de la dispersión, manejando un conjunto documental muy relevante para reconstruir la biografía del marqués, que ha llevado a la autora a consultar más de una veintena de archivos y bibliotecas, públicas y privadas, nacionales e internacionales, entre los que me permito destacar los archivos de México y muy especialmente la vasta Colección Altamira, cuyos excepcionales fondos siguen siendo una parada obligatoria para los historiadores de la Monarquía Hispánica.

Villamanrique constituye un interesante observatorio para entender en qué coordenadas operaron los principales agentes sobre los que erigió, no sin tensiones y conflictos, la Monarquía en Indias y comprender así mismo el impacto que tuvo el servicio (ultramarino) entre la nobleza titulada castellana del reinado de Felipe II. Nueva España es, en ese sentido, un magnífico escenario, como primer territorio americano en obtener el estatus de virreinato, para comprender el papel que la Corona reservó a determinada nobleza peninsular en uno de los principales enclaves estratégicos del entramado imperial hispánico en el que aún resonaban los ecos de la conspiración de los Cortés.

Santiago Martínez Hernández
Universidad Complutense de Madrid
santiagomartinez@uclm.es